

LLAMADA UNIVERSAL A LA PERFECCIÓN.

Quiero hacer mías las palabras que Agustín decía a sus fieles: "No quiero halagaros y que nadie ponga esperanza alguna en mí. No quiero tampoco lisonjearme a mí mismo ni a vosotros; cada uno lleva su carga; la mía es hablar así para que nadie me interprete mal, y la vuestra es oír, y oír con el corazón, para que nadie pida explicaciones de lo que decimos, y si alguna vez se pide, sea provechosa, no perjudicial" (Comentario al Evangelio de Juan 12, 4).

La base de la obra agustiniana es precisamente la perfección como empresa común de todo hombre, no solamente de una élite, de unos pocos privilegiados. Por esto, Agustín insiste hasta la saciedad para que los hombres tomemos conciencia de que pertenecemos a Cristo, que somos miembros del Cuerpo de Cristo: "Somos cristianos, pues; pertenecemos a Cristo. Allá el mundo se encrespe contra nosotros; no podrá doblegarnos, porque pertenecemos a Cristo. Y, si nos acaricia, no podrá seducirnos: ¡pertenecemos a Cristo!" (Sermón 130, 4). Por eso, casi gritando, dice: "Mi origen es Cristo, Cristo es mi sustento, mi cabeza es Cristo" (Réplica a las cartas de Petiliano 1, 7, 8).

Nuestra incorporación a Cristo es un misterio que Dios nos ha revelado, pero es también tarea del hombre, que tiene que tender a la perfecta unidad con Cristo, incorporado como miembro suyo. No basta, por tanto, la interioridad con Cristo y en Cristo, es necesario también la unidad viva con el cuerpo de Cristo, porque de esta unidad depende la vivificación en el Espíritu: "Moramos en El cuando somos miembros suyos, y El mora en nosotros cuando somos templos suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad... Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica. Porque el espíritu que existe en ti, ¡oh hombre!, y por el que eres hombre, ¿vivifica, por ventura, los miembros que del cuerpo están separados? Yo llamo espíritu tuyo a tu alma; y tu alma sólo vivifica los miembros que están unidos con tu cuerpo. Si separas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque ya no forma parte de la unidad de tu cuerpo. Se dicen estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división. Nada debe ser tan temible al cristiano como el separarse del cuerpo de Cristo, porque, si se separa del cuerpo de Cristo, ya no es miembro suyo; y si no es miembro suyo, ya no vive de su Espíritu" (Comentario al Evangelio de Juan 27, 6).

Los tres grandes pilares de la perfección son y serán siempre Dios, su voluntad y el amor, pero vivido en lo cotidiano. Siendo esto así entenderemos que la perfección que propone Agustín no consiste en retiros ni en grandes mortificaciones. Las cosas no se santifican con jaculatorias, ni con agua bendita. Para Agustín no es el camino de los grandes ayunos, de hecho, Agustín no se siente con fuerzas para llevar una vida ascética al estilo de los monasterios que ha visto en Italia: "Estos prodigios de santidad exceden nuestras fuerzas" (Las costumbres de la Iglesia 31, 67). De lo que se trata es de cristianizar todos los ambientes y tomar conciencia de que todos podemos ser perfectos en cualquier estado de vida en el que militemos.

Agustín tiene como especialidad la vida, por eso no se separa ni un ápice de lo que es importante para la vida; él apuesta por la salvación del hombre entero y propone a cada persona el gran ideal de su perfección sin arrancarle de su situación concreta, sino siendo fiel a la misma situación que nos toca vivir (Si uno es conejo, no querer volar, porque no lo va a conseguir). En esta situación Cristo siempre está en la primera línea; es Cristo el que santifica a los fieles y es santificado con ellos. Cristo deifica al hombre por medio de la gracia. La santidad de los

cristianos es la santidad de Cristo, ya que la espiritualidad agustiniana proclama la unidad de Cristo con todos y de todos con Cristo: Cristo gime en sus miembros y se alegra con ellos: "¿Qué significa: 'Por ellos me santifico yo a mí mismo', sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo? Porque estos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es cabeza y cuerpo, conforme enseña el Apóstol. Y en atención a sus miembros, dice: 'Y por ellos me santifico', es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo, como a mí me fue de provecho en mí, porque soy hombre sin ellos. También yo me santifico a mí mismo, porque ellos en mí son también yo" (Comentario al Evangelio de Juan 108, 5). Esto, sin duda, es motivo de gozo, porque somos Cristo mismo: "Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque, si El es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es El y nosotros" (Comentario al Evangelio de Juan 21, 8).

Agustín es un hombre que ha vivido una experiencia múltiple y esto mismo le ha capacitado para comprender los diversos estados en que se puede seguir la voluntad de Dios; en sus escritos podemos ver planteados los principales problemas de la vida matrimonial, o de la vida juvenil, o de los clérigos, o de la vida monástica y para todos presenta dos grandes pilares: la posibilidad de ser perfecto en el propio estado, perteneciendo a Cristo, y la aceptación de la voluntad de Dios, manifestada en Cristo que se ve en la Sagrada Escritura. Por tanto, "si queréis vivir vida cristiana y piadosa, es una necesidad la unión con Cristo en lo que se hizo por nosotros, ya que esta es la manera de llegar a El en lo que es y ha sido siempre" (Comentario al Evangelio de Juan 2, 3).

Agustín quiere inculcar a todos que cualquiera puede llegar a la perfección y que todos tienen que llenar una medida ante Dios. Pero, la perfección no es objeto de imposición, cada uno debe aceptarla por amor y esto implica esfuerzo, trabajo, no es algo dado gratis sin más, ya que aunque es verdad que "Todo proviene de Dios, sin que esta afirmación signifique que podamos echarnos a dormir o que nos ahorremos cualquier esfuerzo o hasta el mismo querer. Si tú no quieres, no residirá en ti la justicia de Dios. Pero aunque la voluntad no es sino tuya, la justicia no es más que de Dios... Quien te hizo sin ti, no te justificará sin ti". (Sermón 169, 13).

La gracia es la coronación de la propia obra. "Todo es fruto de la gracia; no te lo achagues a ti, no lo atribuyas a tus fuerzas. Te abstienes con placer: está bien; lo haces por amor: bien está; lo apruebo; estoy de acuerdo; pero es la caridad quien te inspira esa buena voluntad, y la confianza en Dios te hace gustar su dulzura" (Sermón 145, 3). Para Agustín todo el proceso de ascensión a Dios es obra conjunta de la gracia y de la voluntad humana. A Dios hay que pedirle una vida santa y la vida eterna; sabiendo que la santidad consiste en amar: "Sin temor de ninguna clase pide la vida santa y la vida eterna; la primera para merecer a Dios aquí, y la segunda, para ser coronado por él allí. Pero ¿en qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo. Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz en él y amor entre nosotros, para que cuando venga el mismo Cristo, nuestro Señor, podamos decir: 'Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste' (Sermón 154A, 6). En definitiva nuestra gran tarea es estar vigilantes en el amor. Si la santidad es una empresa a la que todos estamos llamados, somos infieles a esa vocación si no nos preocupamos por su logro.

Diríamos que ser cristiano no es una empresa fácil, pero no más difícil que otras empresas. El drama que el cristianismo tiene planteado sólo tiene solución en la creencia en Dios, en la confianza suprema en quien rige los destinos de la humanidad. ¿Cuál es el drama y cuál es la profundidad de este abismo abierto siempre ante el hombre, y ante el cristiano de modo especial?: "En verdad, hermanos, que no hay mar tan profundo como este pensamiento de Dios: que prosperen los malos y sufran los buenos. Nada hay tan profundo, nada tan elevado; en este abismo, en esta altura, naufraga todo infiel. ¿Quieres atravesar este abismo? No te apartes del leño de Cristo; así no naufragarás; ásete a Cristo" (Comentario al Salmo 91, 8). Muchos ante esto desconfiarán de lo cristiano, como de una religión de la resignación; sin embargo, hemos visto que Agustín nos propone como solución fijar nuestra mente en las tribulaciones que padeció Cristo, ya que sólo con la fe en Cristo, fijándonos en su vida, tenemos una solución.

Pero el drama de la existencia cristiana es el drama de la perfección, que se convierte en drama de la fe, en la tragedia del adherirse, del amar y del esperar sin ver con los ojos de la carne: "Todos los que quieren vivir piadosamente según Cristo, necesariamente soportarán oprobios, necesariamente serán perseguidos por aquellos que no quieren vivir piadosamente, y de quienes toda su felicidad es terrena. Estos se mofarán de aquellos que tienen por felicidad la que no puede verse con los ojos y les dirán; ¿Qué crees, insensato? ¿Ves lo que crees? ¿Ha vuelto alguno del sepulcro refiriéndote lo que allí acontece? Ve que yo amo lo que veo y me gozo. Serás, pues, despreciado, porque esperas lo que no ves y te desprecia aquel que parece que tiene lo que ve" (Comentario al Salmo 122, 8). Los enemigos, por tanto, atacan el fundamento mismo de la fe, a Dios, que rige y gobierna el mundo.

Otro de los ataques que se dirige a los cristianos es el siguiente. El cristiano vive de la esperanza de un premio eterno, y, si no existiera ese más allá, tal vez apostataría de las exigencias de su fe. El verdadero drama de la existencia cristiana se asienta aquí. Y si no existe el más allá, ¿por qué me sacrifico? ¿Por qué llevo mi vida en peligros y en tristezas, por qué me entrego a los demás y vivo con parvedad y miseria en este mundo? El materialismo reinante lleva con frecuencia a abandonar las exigencias del amor, y Agustín dice que esta es otra tentación que tenemos que evitar: "Este salmo nos enseña a nosotros, que subimos y elevamos nuestras almas al Señor, Dios nuestro, con el afecto de la caridad y de la piedad, a no poner la atención en los hombres que prosperan en el siglo con la falsa, engreída y por completo engañosa felicidad, en donde sólo fomentan la soberbia y se hiela el corazón con relación a Dios y se endurece, oponiéndose a la lluvia de su gracia para no dar fruto. Presumiendo de la abundancia de todas las cosas que parecen necesarias a esta vida, y más que necesarias, se engríen; y, siendo hombres inferiores por su iniquidad a todos los restantes, se creen superiores por la soberbia a todos los demás. ¡Y ojalá que a lo sumo se tuviesen como los restantes hombres! Sin embargo, algunas veces, mirando y atendiendo demasiado a éstos, aquellos que adoran a Dios vacilan y se turban como si su recompensa hubiera perecido, por adorar a Dios, cuando se ven en medio de trabajos, de indigencias, de calamidades, de enfermedades, de dolores, de alguna necesidad, y ven a otros repletos de salud corporal, de bienes temporales; que gozan de incolumidad de los suyos y brillan con el esplendor de los bienes y precisamente aquellos que no sólo no adoran a Dios, sino que se oponen a todos los hombres. Atendiendo, pues, a éstos, vacilan y dicen dentro de sí... ¿Quizás fui vano, porque quise vivir en justicia y habitar en inocencia entre los hombres, ya que veo que quienes rechazan la inocencia tienen tan gran felicidad, y, felices, vituperan a los justos mediante la iniquidad?" (Comentario al Salmo 124, 1).

Para Agustín, a decir verdad, el problema no está en que los paganos defiendan otras cosas y pongan en tela de juicio las dimensiones de fe de los cristianos, el verdadero problema que le quita el sueño son los cristianos que confiesan una cosa de palabra y cumplen otra en la vida práctica, es el problema de la mediocridad y la incoherencia; el problema, por tanto, está en el divorcio entre la vida y la fe. Los que se llaman cristianos tienen que demostrarlo con sus obras, ya que el cristianismo no es una ideología, sino una forma de vivir, es decir, una vida, y será en la vida, en las costumbres, donde tenemos que mostrar lo que somos: "Quienes se llaman y no son, ¿de qué les aprovecha el nombre, si no tienen la realidad? ¡Cuántos se llaman médicos y no saben curar! ¡Cuántos se llaman serenos y se pasan toda la noche durmiendo! Así muchos se llaman cristianos y no aparecen tales en sus obras, porque no son lo que se llaman, es decir, en la vida, en las costumbres, en la fe, en la esperanza, en la caridad" (Comentario a la Epístola de Juan 4, 4). Para Agustín el cristiano ha de serlo a carta cabal, no puede apostatar de su fe, no puede ir contra su misma creencia: "También lo dijiste tú. Si ni siquiera en sus santos hay fidelidad. Debido a la inseguridad de los tiempos que corren, donde la mayoría practica el engaño de hablar mucho y de no hacer nada. Y el cielo, ¿no es puro ante él? Se toma el cielo por los que en él habitan. O también por los santos mismos, dado que en ellos mora Dios" (Anotaciones a Job 15).

Los cristianos materialistas fueron la espada clavada continuamente en el corazón de Agustín. Evidentemente las tentaciones del cristiano por abandonar su fe, se amontonan y es que vivir sólo de Dios, vivir contento con su Dios, no es para nada fácil; el cristiano que cumple, parece que no puede gozar de nada ni poseer nada a no ser su Dios. El cristiano tiene que pasar por el mundo con las manos en el bolsillo, sin apegarse a nada ni a nadie, no es que deba despreciar los bienes de la tierra, no, son creación de Dios, sino que debe hacer un recto uso de ellos. Eso sí, espera algo; pero ese algo no se ve, no le satisface. El aparente fracaso del cristiano, como aparente fue el fracaso de Cristo en su carrera mortal, radica justamente en la fe, en la invisibilidad, a los ojos de la carne, del Dios que se sienta y mora en el corazón y del amor que vitaliza el camino de la perfección. También hoy se pide a la Iglesia lo visible, obras externas abundantes, obras sociales, apostolados de masa, y no oraciones con promesas y esperanzas de algo que no se tiene a la mano, pero, ¡cuidado!, no se puede reducir el plan divino de salvación a una obra de promoción social, dejándonos llevar de los cantos de sirena de una cultura laica y laicista, que aprecia esta Iglesia benéfica y filantrópica, con tal de que se desprenda de su aparato doctrinal y moral. La Iglesia si renuncia al misterio del que vive, o lo privatiza, reduciéndolo a la libre elección de cada conciencia, se derrota a sí misma en la medida en que triunfa. Lo importante es que cada uno se ponga en actitud de servicio: "Hermanos, no penséis que el Señor dijo estas palabras: 'Donde yo estoy, allí estará también mi servidor', solamente de los obispos y clérigos buenos. Vosotros podéis servir también a Cristo viviendo bien, haciendo limosnas, enseñando su nombre y su doctrina a los que pudieris, haciendo que todos los padres de familia sepan que por este nombre deben amar a la familia con afecto paternal. Por el amor de Cristo y de la vida eterna avise, enseñe, exhorte, corrija, sea benevolente y mantenga la disciplina entre todos los suyos ejerciendo en su casa este oficio eclesiástico y en cierto modo episcopal, sirviendo a Cristo para estar con El eternamente" (Comentario al Evangelio de Juan 51, 13).

Agustín exige ante todo la fe; quien no cree no puede sacrificarse, ni amar, ni entregarse por pura filantropía. Quien no cree tiene que rebelarse contra los males existentes en el mundo, y contra Dios que los permite, porque sin fe no existe ni verdadero temor, ni verdadera esperanza,

ni verdadero amor. Quien se adhiere en cuerpo y alma a la fe, quien acepta convencido y complacido esa voluntad de Dios, quien crea realmente y espere, no puede menos de amar, y en su amor va implicado el sentido de toda su ascética y de su vida de unión con Dios: "¿En qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo. Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz en él y amor entre nosotros, para que, cuando venga el mismo Cristo, nuestro Señor, podamos...: 'Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste'" (Sermón 154A, 6).

Existencialmente, sin fe no puede darse un paso en la vida ni en lo humano ni en lo espiritual, Agustín, hablando con Dios, dice: "No temeré los males, porque tú estás conmigo: no temeré los males, porque tú habitas en mi corazón por la fe, y ahora estás conmigo, a fin de que, después de morir, también yo esté contigo" (Comentario al Salmo 22, 4).

En un momento determinado Agustín dice a sus fieles: "No pretendo interrogaros sobre vuestra justicia, porque quizá ninguno de vosotros se atrevería a responderme: Soy justo, sino que os pregunto por vuestra fe. Como nadie de vosotros se atreve a decir: Soy justo, de igual modo nadie se atreve a decir: No soy fiel. Aún no te pregunto cómo vives, sino qué crees. Responderás que crees en Cristo. Pues bien: ¿no oíste decir al Apóstol: El justo vive de la fe? Tu fe es tu justicia, porque ciertamente, si crees, evitas los pecados; si los evitas, intentas obras buenas; y Dios conoce tu intento, y escudriña tu voluntad, y considera la lucha con la carne, y te exhorta a que pelees, y te ayuda a vencer, y contempla al luchador, y levanta al que cae y corona el que vence" (Comentario al Salmo 32, 2, s.1, 4). Evidentemente la perfección, o lo que es lo mismo, el llamarse justo, es difícil y costoso, pero si creemos, hemos de vivir en consecuencia, y estará Dios con nosotros, venciendo con nosotros. Para el hombre sólo Dios es suficiente, sólo El basta (cfr. Sermón 19, 5), dado que él es nuestra felicidad y nuestra dicha, lo importante será reelegirle para unimos a él: "El es fuente de nuestra felicidad, es meta de nuestro apetito. Eligiéndole a El, o mejor reeligiéndole, pues le habíamos perdido por negligencia; reeligiéndole a él, de donde procede el nombre de religión, tendemos a él por amor para descansar cuando lleguemos; y de este modo somos felices, porque en aquella meta alcanzamos la perfección. Nuestro bien no es otro que unimos a él: su abrazo incorpóreo, si se puede hablar así, fecunda el alma inmortal y la llena con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. A este bien debemos llevar a los que amamos y ser llevados por los que nos aman. Así se cumplen los dos mandamientos en que consiste la Ley y los Profetas: 'Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente, y amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, a donde tenía que dirigir todo lo que hacía para ser feliz. Y esta meta es unirse a Dios. Ahora bien, cuando se manda a uno, que sabe amarse a sí mismo, que ame al prójimo como a sí mismo, ¿qué otra cosa se le manda sino que le recomiende, cuando puede, que ame a Dios? Este es el culto a Dios; ésta, la verdadera religión; ésta, la piedad recta; ésta, la servidumbre debida sólo a Dios" (La ciudad de Dios 10, 3, 2).

La fe, la fidelidad a Dios, nos hará comprender cómo tenemos que resolver el dilema de los goces temporales, que hay que cambiar por las delicias celestiales. Asentados en la fe, obraremos de inmediato por la caridad y aseguraremos la fidelidad en todo a Dios: "Básense todas tus obras en fe, porque el justo vive de la fe y la fe obra por el amor. Tus obras tienen por fundamento la fe, porque creyendo en Dios te harás fiel" (Comentario al Salmo 32, 2, s.1, 9).

La clave de todo estará en la aceptación de la voluntad de Dios, que no es otra cosa que el ser recto de corazón (Cfr. Comentario al Salmo 70, s.1, 14; 100, 6; 122, 3; 31, 2, 25-26; 32, 2,s.1, 1-2; 35, 16; 44, 17; 144, 22). Aceptar la voluntad de Dios, que es aceptar el misterio del mal y de los malos en el mundo, que sirven para corrección y perfeccionamiento de los buenos: "¿Quiénes son los rectos de corazón? Quiénes no atribuyen al acaso las cosas que soportan en la vida para medicina suya, sino al propósito de Dios; ni presumen de su propia justicia, pensando que sufren injustamente lo que sufren; ni creen que Dios es injusto porque padecen menos los que pecan más. Ved, hermanos, que os he dicho muchas veces estas cosas. Padeces algo en el cuerpo, en la economía de la casa, en la privación de algunos de tus seres queridos; no consideres a los que conoces que son peores que tú, pues quizá no te atreves a decir que tú eres justo, sino que conoces que son peores que tú y que ellos campean y no son castigados, y, por tanto, que te desagrade el dictamen de Dios y digas: Ciertamente yo soy pecador, y por eso soy castigado; ¿pero por qué aquel de quien conozco tan enormes crímenes no es castigado? Por mucho mal que haya hecho yo, ¿acaso hice tanto mal como aquel? Avieso es tu corazón. '¡Cuán bueno es el Dios de Israel, pero para los rectos de corazón!' Tus pies resbalaron porque envidiaste a los pecadores viendo su paz. Déjate curar. El, que conoce la herida, sabe lo que hace. Que otro no es sajado, ¿y qué, si se desespera de él? ¿Y si tú eres sajado porque no se desespera de ti? Luego soporta cuanto sufres con recto corazón. Dios conoce lo que te da y lo que te quita. Lo que te da, que te sirva de alivio, no de ruina o destrucción; y lo que te quita, que te sirva de resignación, no de desesperación. Si maldices, Dios te desagrade y te agradas a ti; entonces serás de corazón perverso y torcido, y eso es peor, porque quieres dirigir el corazón de Dios hacia el tuyo para que haga lo que tú quieres, siendo así que tú debes hacer lo que El quiere. ¿Qué? ¿Pretendes inclinar el corazón de Dios, que siempre es recto, a la perversidad del tuyo? ¡Cuánto mejor te sería encauzar tu corazón hacia la justicia de Dios! ¿Por ventura no te enseñó eso tu Señor, de cuya pasión hablamos hace poco?" (Comentario al Salmo 63, 18).

De lo dicho se deduce que para Agustín, los rectos de corazón son los que en todo momento se adhieren al querer de Dios por encima del propio querer y, por tanto, aceptan bienes o males como venidos de la mano de Dios. Pero como Dios hace todo para bien de los que le aman, será necesario aprender a dar gracias en todo momento. Agustín aconseja a sus fieles a que siempre enderecen su corazón a Dios: "Tú quieres una cosa, Dios otra distinta; endereza tu corazón y dirígelo a Dios, porque el Señor se compadeció de los débiles. Ve en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, a los enfermos, que primeramente intentaron seguir su voluntad; pero, al ver que la voluntad de Dios era otra distinta a la suya, se encaminaron y dirigieron su corazón a aceptar y seguir el querer de Dios. No pretendas encauzar la voluntad de Dios a la tuya, sino endereza la tuya hacia Dios. La de Dios permanece inmutable... Poco es que tengan torcida su voluntad; pretenden aun más, quieren torcer la voluntad de Dios según tienen ellos torcido su corazón, para que así haga Dios lo que ellos quieren, siendo así que ellos deben hacer lo que Dios quiere" (Comentario al Salmo 93, 18).

Los rectos de corazón tienen que aprender a leer la voluntad de Dios en todo lo que acontece en la vida, de esta manera, podemos decir, que las personas están unidas a la voluntad de Dios. Todo el error de nuestra vida espiritual está en no saber leer con los ojos de Dios la realidad cotidiana. La voluntad de Dios es como una regla inmutable, a la cual tiene que acomodarse todo para estar en orden, por tanto, en no encajar con la voluntad de Dios se encuentra todo el error de la vida espiritual y sólo nos corregiremos de este error si nos adherimos en todo a la voluntad divina: "La voluntad de Dios es como una regla. Mira, piensa que torciste tu regla. ¿De qué te valdrás para enderezarla? La de Dios permanece intangible; es

una regla inmutable. Mientras hay una regla inalterable tienes un medio de enderezar y corregir tu deformidad, tienes un medio de alinear lo que en ti está torcido" (Comentario al Salmo 93, 18).

Para Agustín el buscar solamente a Dios ha de ser un hecho y demostrará la sinceridad en la búsqueda: "¿Dónde falta la rectitud? En buscar en la Iglesia un algo distinto de Dios. Si buscase a Dios, fuera casto, por ser Dios el esposo legítimo del alma. Todo el que busca en Dios otra cosa fuera del mismo Dios, no busca a Dios castamente... Si ama una mujer a su marido en atención a sus riquezas, no es mujer casta, porque no ama al marido, sino al oro del marido, pues quien al marido ama, le ama desnudo y le ama pobre... Cuando al marido se le quiere de verdad, aun la pobreza sube de punto el amor, porque al amor se le une la compasión... Hermosa es la tierra, hermoso el cielo y hermosos los ángeles; pero más hermoso es quien hizo todo esto. Por eso, los que anuncian a Dios porque le aman, los que anuncian a Dios por Dios, apacientan las ovejas y no son mercenarios. Esa castidad exigía del alma nuestro Señor Jesucristo cuando le decía a Pedro: Pedro, ¿me amas? ¿Qué significa: me amas? ¿Eres casto? ¿No es adúltero tu corazón? ¿No buscas en la Iglesia tus conveniencias, sino las mías? Si eres así, apacienta mis ovejas. No serás mercenario, sino pastor" (Sermón 137, 9-10).

Esta es la vía más clara de perfección: aceptación de la voluntad de Dios, que no es resignación, sino saber leerla en todo, en los acontecimientos, en las cosas, en las personas, en lo próspero y en lo adverso; se tratará de cambiar un tanto el ángulo de nuestra visión humana, no pretender que Dios quiera lo que nosotros queremos, sino querer nosotros lo que Dios quiere, ya que en la voluntad de Dios tienen que ajustarse todos los querer humanos: "Qué significa rectos de corazón? Que no se oponen a Dios... Entre el corazón recto y perverso hay esta diferencia: es recto de corazón el hombre que al padecer sin querer cuantas penalidades le sobrevengan, como son las tristezas, las afecciones, los trabajos, las humillaciones, las atribuye únicamente a la voluntad justa de Dios, sin considerarle ignorante, como si no supiese lo que hace, porque castigue a unos y perdona a otros. Los perversos de corazón, los malvados y aviesos, son los que dicen que todos los males que padecen los padecen inicualemente, achacándole a Dios la iniquidad, por cuya voluntad padecen, o los que, no atreviéndose a imputarle la iniquidad, le niegan el cuidado y el gobierno de las criaturas... En estas tres opiniones: en negar la existencia de Dios, o en decir que es injusto, o en quitarle el gobierno de las cosas, hay una gran impiedad. ¿Por qué se dice esto? Porque se torció el corazón. Dios es recto, y por eso el corazón torcido no asienta con El... Así como la madera torcida, aunque la coloquen en piso allanado, no casa, no enlaza, no se junta, continuamente cruje y se mueve, no porque esté desnivelado el piso donde la colocaste, sino porque está arqueado lo que colocaste, de igual modo, cuando tu corazón está depravado y torcido, no puede alinearse con la rectitud de Dios ni colocarse en él para unirse y hacerse un espíritu con el Señor" (Comentario al Salmo 31, 2, 25).

En el fondo lo que nos quiere decir Agustín es que la diferencia entre los de corazón recto y corazón torcido está en la mayor o menor adhesión a la voluntad de Dios. Para el de corazón recto, las adversidades y las alegrías, los sufrimientos y los pesares, las ingratitudes o las correspondencias, todo ha de verse venido como de la mano cariñosa de Dios, que corrige solamente a quien ama, porque quiere hacerle el máximo bien. "No queráis engañaros. Cuando la fortuna os sonríe, examinaos y ved si amáis o no amáis este mundo, y aprended a desligaros de él, primero que se desligue él de vosotros. ¿Qué significa 'desligarse de él'? No amarlo interiormente. Déjalo ahora, cuando aún lo tienes contigo, porque, o vivo o muerto, habrás de

dejarlo; es forzoso, no lo tendrás siempre a tu lado. Deslígate, pues, de sus hechizos ahora; apercíbete para seguir la voluntad divina, vive colgado de Dios. Arrímate a él, a quien no perderás sino queriendo... ¡Oh alma! Ninguna cosa puede bastarte si no es quien te ha creado. Dondequiera pongas la mano, hallarás miseria; sólo puede bastarte quien te hizo a su imagen. ¿No era eso mismo lo que decía quien dijo: *Muéstranos, Señor, al Padre, y nos basta?* Sólo allí, en Dios, puede haber seguridad; y donde puede haber seguridad habrá una como hartura insaciable. Porque ni te hartarás de modo que quieras dejarlo, ni ha de faltar nada que puedas echar de menos" (Sermón 125, 11).

La verdad es que con demasiada frecuencia queremos vivir con los ojos de la carne, pero en lo que es espiritual es necesario vivir con los ojos de la fe, de lo contrario no podemos entender nada; Dios siempre escucha la oración, aunque a veces no la escucha como nosotros la formulamos, porque él quiere sanarnos, no simplemente contentarnos: "Entra en tu conciencia; sondea, interroga, no la perdones. Si verdaderamente invocaste a Dios, estate seguro que quizá no te dio lo temporal que querías porque no te había de aprovechar. Hermanos, se cimiente vuestro corazón, el corazón fiel, el corazón cristiano, en esto. No os entrizcezáis indignándoos contra Dios como si hubierais sido defraudados en vuestros deseos; pues no conviene dar coces contra el aguijón... También el enfermo pide muchas cosas al médico, lo que el médico no le concede. No le oye en cuanto a su querer para oírle en atención a la salud. Luego constituye a Dios por tu médico, y pídele la salud, y El será tu salud: no como si El fuese ajeno a la salud, sino siendo El mismo la salud. Por otra parte, no ames otra salud fuera de El mismo... Tienes ojos para ver el cielo, pero aun no tienes corazón para ver al fabricante del cielo: por eso vino del cielo a la tierra para purificar el corazón, con el cual se vea al que hizo el cielo y la tierra. Espera con paciencia la salud. El conoce con qué medicamentos, con qué operación, con qué cauterios te ha de curar. Tú adquiriste la enfermedad pecando; El vino no sólo a aplicar fomentos, sino también a sajar y quemar. ¿No ves cuánto soportan los hombres bajo las manos del médico, teniendo puesta la esperanza incierta en el hombre que promete?" (Comentario al Salmo 85, 9).

En la vida del espíritu una de las virtudes básicas ha de ser la gratitud, que es la correspondencia al amor de Dios, al que debemos la acción de gracias por sus beneficios constantes: "Únicamente somos cristianos por el siglo futuro. Nadie espere los bienes presentes, nadie se prometa la felicidad del mundo, puesto que es cristiano. Con todo, use de la felicidad temporal según pueda. Cuando la tenga, de gracias a Dios por este consuelo; cuando le falte, de también gracias al designio de Dios. Se muestre siempre agradecido, jamás ingrato. Sea agradecido al Padre que consuela y acaricia y al Padre que corrige, azota y enseña, porque El siempre ama, ya acaricie, ya amenace" (Comentario al Salmo 91, 1). Dios no castiga sino al que ama; también las cosas que no nos agradan son dádiva amorosa de Dios, que castiga a quien ama, para que sepa que sigue siendo su Dios y que pretende dársele plenamente a él (cfr. Comentario al Salmo 49, 24). En otro momento decía Agustín: "Si decimos que somos algo y no le damos a El la gloria, somos unos adúlteros. Queremos que se nos ame a nosotros, no que se ame al Esposo. Amad vosotros a Cristo y a mí en El. Así es como os amo ya a vosotros. Amense los miembros con amor recíproco, pero que todos vivan bajo la cabeza" (Comentario al Evangelio de Juan 13, 18).

Para lograr esto será necesario procurar agradecer a Dios en todo, no hacer nada más que lo que le agrada, de esta manera nos vamos asemejando a Dios; se tratará de llegar a identificar la propia voluntad con lo que quiere Dios, de aquí, como es normal, brotará la alegría, porque El es

nuestra alegría: "Con tanta más firmeza te alegrarás cuanto es más firme aquello en lo que te has de alegrar. Si te alegras del dinero, temes al ladrón; pero, si te alegras de Dios, ¿qué temes? ¿Que alguno te quite a Dios? Nadie te arrebatará a Dios si tú no le dejas" (Comentario al Salmo 144, 3). Evidentemente, si el hombre quiere lo que quiere Dios, Dios quiere lo que quiere el hombre: "Hará la voluntad de los que le temen. La hará, la hará; y, si no la hace ahora, la hará después. Sin duda, si tú temes a Dios de suerte que haces su voluntad, ve cómo en cierto modo, al servirte a ti, hace tu voluntad" (Comentario al Salmo 144, 23).

Desde estas reflexiones se entiende que frente a lo eterno sea necesario alimentar en el hombre la nostalgia y esperanza de la patria, amor y alabanza de su belleza y gloria. Y frente a lo temporal, el mundo como tribulación y destierro, y siendo peregrino el hombre en la tierra, deseo e indiferencia por los bienes terrenos: "¿Qué diré a vuestra caridad? ¡Oh si el corazón de cualquier modo suspirase por aquella gloria inefable! ¡Oh si llorásemos con gemidos nuestra peregrinación, si no amásemos el mundo, si continuamente con alma pura suspirásemos por Aquel que nos ha llamado! El deseo es el seno del corazón; le poseeremos si dilatamos el deseo cuanto nos fuere posible. ¡Oh si de veras amásemos a Dios no tendríamos amor alguno al dinero! Sería para ti una ayuda en tu peregrinación, no un acicate de la avaricia, del cual usarías para tus necesidades y no para satisfacer tus caprichos. Ama a Dios, si es que algo ha obrado en ti lo que oyes y apruebas. Usa del mundo, no te dejes envolver por él. Sigue el camino que has comenzado; has venido para salir del mundo y no para quedarte en él. Eres un caminante; esta vida es un mesón; utiliza el dinero como utiliza el caminante en la posada la mesa, el vaso, la olla, la cama; para dejarlo, no para permanecer en él. Si lo haces así, levantad el corazón los que podéis hacerlo, y escuchadme: si lo hacéis así, llegaréis a conseguir sus promesas. No es mucho para vosotros, porque es grande la ayuda de quien os ha llamado. El nos llamó, invoquémosle nosotros, digámosle: Nos has llamado, nosotros te invocamos; mira que hemos atendido a tu llamamiento; oye nuestros ruegos y llévanos al lugar que nos has prometido; concluye lo que has comenzado; no dejes perder tus dones, no abandones tu campo hasta que tus semillas sean recogidas en el granero" (Comentario al Evangelio de Juan 40, 10).

Cualquiera que lea las Confesiones se da cuenta que la experiencia de Agustín, que ha hecho posible que llegara a Dios, ha sido la desolación, es decir, el haberse sentido un peso para sí mismo. Verdaderamente la voluntad de Dios nos pide que nos decidamos, que tomemos una actitud frente a lo mundano y frente a lo eterno. Así aparece en el ámbito humano la tribulación, en ella Agustín exige la fe. Agustín compara el día de la tribulación con el invierno, por eso el hombre debe ser como la hormiga de Dios que acumula en el verano para cuando llegue el invierno; este invierno tiene diversos orígenes: "No imitó a la hormiga; no recogió para sí los granos en el verano. ¿Qué dije al mencionar el verano? Que era su verano cuando se hallaba en la bonanza de la vida, cuando le rodeaba la prosperidad del siglo, cuando se hallaba ocioso, cuando era llamado feliz por los hombres. Si hubiera oído la palabra de Dios, hubiera imitado a la hormiga, pues hubiera recogido alimento y lo hubiera escondido en el interior. Llegará la prueba de la tribulación, se echará encima el invierno del marasmo, la tempestad del temor, el frío de la tristeza, o algún perjuicio o peligro de salud, o alguna privación de los suyos, o algún deshonor y humillación, siendo entonces el invierno; pero la hormiga vuelve los ojos a lo que recogió en el verano y allí dentro en su escondite, donde nadie la ve, se recrea con la labor del verano. Cuando ésta recogía los granos durante el verano, todos la veían; cuando se alimenta de ellos en el invierno, nadie la ve. ¿Qué significa esto? Observa a la hormiga de Dios; aparece todos los días, se dirige al templo del Señor, ora, oye la lectura, canta los himnos, medita lo que oyó, recapacita en su interior y esconde en su corazón los granos que recogió en la era. Estas

cosas que ahora se dicen las ponen en práctica quienes oyen doctamente. Todos los ven ir a la iglesia, volver de ella, oír el sermón y la lectura, coger el libro, abrirlo y leerlo; todas estas cosas se ven al hacerlas. Esta es la hormiga que allana el camino llevando y guardando el alimento a la vista de los espectadores. Llegará algún día el invierno. ¿A quién no le llega?" (Comentario al Salmo 66, 3).

El invierno del alma, con la tempestad del temor y el frío de la tristeza, la atribula y no la permite alzar la vista al cielo. Necesita hacer fuerza en su intimidad para no desconfiar de Dios y desesperar. Cuando todo se le vuelve negro, cuando los hombres se le tornan contrarios y no existe entorno suyo más que ingratitud y descontento, insatisfacción y desengaños, entonces comienza la tentación de la tribulación. Dios quiere probar a esta persona para saber si lo abandona o no; quiere medir los quilates de su amor y la aprisiona. La tribulación sensible, esta tribulación del daño, del peligro de vida, de la orfandad o de la deshonra y de la humillación, las permite siempre Dios con un fin personal de un mayor engrandecimiento; Dios quiere que el alma se de cuenta cuál es la medida de su amor y por eso, espera que se examine, que reflexione. Aquella alma que es reflexiva, que sabe intuir la mano generosa de Dios en todos los pequeños acontecimientos de las jornadas triviales y monótonas, en los roces consigo mismo y con las demás personas o con accidentes de la clase que sean, esa alma llega al convencimiento de que está o no en trance de avanzar en la perfección, o de que no ha hecho más que iniciar el camino: "Guarda en tu corazón las riquezas que te aportó la pobreza de tu Señor. Más aún, ponlo como tu guardián. Para que no perezcan en tu corazón las riquezas que te dio, guárdelas quien las dio. Todos los buenos fieles son ricos, pero no ricos de este mundo. Ni ellos mismos experimentan sus riquezas; las experimentarán después. La raíz está verde, pero durante el invierno, aun el árbol verde es semejante al seco. Durante el invierno, tanto el árbol seco como el verde están desprovistos del honor de las hojas; uno y otro están desprovistos del honor de los frutos. Llegará el verano y distinguirá a los unos de los otros. De la raíz viva brotarán hojas y se llenará de frutos. La seca permanecerá estéril en verano como en invierno. Para aquella se prepara el hórreo; a ésta se le aplica el hacha, para ser enviada al fuego una vez cortada. Nuestro verano es la llegada de Cristo. Nuestro invierno es el tiempo en que Cristo se mantiene oculto. Nuestro verano la revelación de Cristo" (Sermón 36, 4).

Para Agustín el invierno es el tiempo de la dificultad y de la tribulación; si queremos vivir el invierno con autenticidad será necesario estar atentos en el verano: "Acumulas para ti. Despierta, mantente en vela, ten el corazón de una hormiga. Estamos en verano; recoge lo que te es provechoso para el invierno. Cuando todo te va bien, es el verano. Por lo tanto, cuando todo te va bien, mira con qué te sustentarás cuando te vaya mal. Te va todo bien, es el verano. No seas perezoso; recoge granos de la era del Señor, las palabras de Dios de la Iglesia de Dios; recoge y escóndelas dentro de tu corazón. Sábetelo que te va bien. Pero vendrá el tiempo en que te vaya mal. A todo hombre llega la tribulación" (Sermón 38, 6).

Según Agustín quiere que el alma se de cuenta que el mundo es un mar amargo, y con este telón de fondo, desarrolla la concepción del hombre como peregrino: "Por mucho bienestar que haya en este mundo, aun no nos hallamos en aquella patria adonde nos damos prisa para llegar; y, por tanto, aquel a quien le es dulce la peregrinación no ama la patria; y, si es dulce la patria, será amarga la peregrinación; y, si es amarga la peregrinación, todo el día habrá tribulación. ¿Cuándo no la habrá? Cuando llegue el deleite de la patria" (Comentario al Salmo 85, 11).

Normalmente, cuando estamos suspirando permanentemente por la patria, hemos de sentirnos a disgusto en la tribulación, pensar sólo en las delicias de la patria lleva consigo considerar despreciables las alegrías presentes, es decir, vivir en la tribulación de todos los días y de todas las horas, pero desde el sentido claro del dolor y manteniendo la luz del amor. Agustín es consciente de que todo pasa en la vida y sólo permanece la intimidad cuando se ha adherido a la eternidad de Dios: "Es excelente percepción conocer que es azotado cuando a uno le va bien... Luego toda tu vida sobre la tierra es un continuo azote. Lloras mientras vives en la tierra; y ya vivas felizmente o te halles en alguna tribulación, clama: Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo" (Comentario al Salmo 122, 7).

Estando en este mundo siempre estaremos en mendicidad suprema y enfermos y débiles; con frecuencia caemos en la monotonía, en el hastío, todo nos cansa: "Por el contrario, el hombre cristiano no debe ser rico, sino que debe reconocerse pobre; y, si tiene riquezas, debe saber que no son ellas verdaderas riquezas, a fin de que desee otras mejores. El que desea falsas riquezas no busca las verdaderas; el que busca las verdaderas, aun es pobre y dice en su corazón: Soy pobre y doliente. Por otra parte, el que es pobre y se halla repleto de maldad, ¿cómo puede decir que es rico? Porque le desagrada ser pobre y le parece tener su corazón repleto de justicia en oposición a la justicia de Dios... Sin embargo, mientras permanecemos en este mundo, entendamos que somos pobres y necesitados, no sólo de estas riquezas, que no son verdaderas riquezas, sino también de salud. Cuando estamos sanos, comprendamos que estamos enfermos. Pues mientras este cuerpo siente hambre y sed, mientras este cuerpo se fatiga vigilando, estando de pie, andando, sentado y comiendo; mientras encuentra nueva fatiga al dirigirse a cualquier otra parte buscando alivio para su cansancio, no posee la perfecta salud en su cuerpo. Luego no son riquezas aquellas, sino mendicidad; porque cuanto más abundan, tanto más crece la indigencia y la avaricia. Luego la salud del cuerpo es enfermedad. Todos los días nos aliviarnos con los medicamentos de Dios, porque comemos y bebemos; éstos son los medicamentos que se nos ofrecen. Hermanos, si queréis saber qué enfermedad nos aqueja, ved que quien no come durante siete días se consume de hambre. Luego dentro está el hambre, pero no la sientes, porque todos los días la reparas; por tanto, no tenemos la salud completa" (Comentario al Salmo 122, 11).

El trabajo y el sufrimiento parece que es la ley de la existencia terrena; la vida está vista por Agustín como un profundo abismo desde el que clamamos a Dios. Este sentido de la vida como peregrinación y como destierro, nos lleva a estar siempre alerta, sin descanso, en pie de guerra, ya que si, por una parte, podemos andar en busca de la perfección y amamos a Dios, por otra, nosotros mismos nos ponemos pegas, nos disuadimos de estar en tensión y huimos de los caminos del Señor. La vida es siempre lucha, combate, pero una lucha que se libra fundamentalmente en la intimidad, donde hay que poner orden y buscar la paz: "¿No es una prueba la vida del hombre sobre la tierra? Aquí comienza a mostrarnos el sentido de las palabras anteriores. Presenta esta prueba como una especie de estadio donde se lucha y donde el hombre vence o es vencido" (Anotaciones a Job 7). En esta lucha habrá pruebas y dificultades, que no son otra cosa que advertencias para un amor más profundo y verdadero a Dios: "Habitas en aquellos que santificaste, a los cuales haces comprender que no oyes a algunos atendiendo a su utilidad, y, no obstante, oyes a otros para su castigo... A todos digo que el cristiano colocado en la tribulación es probado si no abandona a Dios. Cuando al hombre le va bien, se olvida que es cristiano... En quienes habita Dios, sin duda en la tribulación se hacen mejores al ser probados como el oro. Si acaso el diablo enemigo pide probar a algún hombre y se le concede probarle o con algún dolor corporal, o con algún daño terreno, o con pérdida de los suyos, tenga el corazón

fijo el probado en Aquel que no se aparte de él, pues si parece que aparte su oído del que llora, sin embargo ofrece su misericordia al que suplica. El que nos hizo, sabe lo que debe hacer; lo sabe y nos restaura. El arquitecto que edificó la casa es excelente; si algo se hubiere derruido allí, sabe repararlo" (Comentario al Salmo 21, 2, 5).

En todo momento será necesario que estemos alerta y no dejemos que dormite nuestra fe, como les pasó a los discípulos en medio del lago; si sentimos naufragar nuestra pequeña barca, es que Cristo está durmiendo en ella y es necesario despertarle: "Levántate; ¿por qué duermes, Señor? Cuando se dice que El duerme, es que dormimos nosotros, y cuando se dice que El se levanta, nos levantamos nosotros. También dormía el Señor en la nave, y ésta fluctuaba porque dormía Jesús. Si allí hubiera estado despierto Jesús, no hubiera zozobrado la nave. Tu nave es tu corazón; Jesús estaba en la nave, es decir, la fe en el corazón. Si te acuerdas de tu fe, no vacila tu corazón; si te olvidas de la fe, duerme Cristo; a la vista está el naufragio. Por tanto, haz lo que falta, a fin de que, si se encuentra dormido, sea despertado. Dile: Ve, Señor, que perecemos; despierta, para que increpe a los vientos y se restablezca la tranquilidad en tu corazón. Cuando Cristo, es decir, cuando tu fe vigila en tu corazón, se alejan todas las tentaciones, o a lo menos no tienen poder alguno" (Comentario al Salmo 34, s.1, 3).

Dios está deseoso de estar siempre en relación de unidad con nosotros, por nuestra parte, para que esto sea una realidad, es necesario que abramos el corazón a su gracia, a su viento vivificador; será necesario que desconfiemos de nosotros mismos, de nuestras fuerzas y valores y nos fiemos de El; será necesario que dejemos la iniciativa a Dios sobre todos los asuntos importantes de nuestra vida. El camino que Cristo ha seguido es el de la pasión, como nos es bien conocido, y este mismo camino es el camino de sus seguidores: "Siguiendo el camino de Cristo, no te prometas prosperidades del siglo. El anduvo por ásperas sendas, pero te prometió cosas grandes. Síguele. No atiendas sólo a por dónde has de ir, sino adónde has de llegar. Soportarás asperezas temporales, pero llegarás a las dulzuras eternas. Si quieres soportar el trabajo, atiende al salario... Partiendo de aquí, comencé a decir que, si amas el camino de Cristo y si eres verdaderamente cristiano, no vayas por otro camino sino por el que El fue, pues es cristiano el que no menosprecia el camino de Cristo, sino que quiere seguir la senda de Cristo a través de sus padecimientos. Parece áspera, pero ella es vereda segura; otra quizá tenga placeres, pero se halla plagada de ladrones" (Comentario al Salmo 36, s.2, 16).

Con relación a las cosas terrenas nos es conocida la teoría agustiniana sobre el *uti* y el *frui*: *uti* se aplica únicamente a las cosas terrenas de las cuales no se puede gozar -*frui*- que queda únicamente para las cosas eternas y celestes (cfr. 83 diversas cuestiones 9, 30; La doctrina cristiana 1, 3, 3; 4, 4; 23, 22; 22, 20; 32, 35; La Trinidad 10, 11, 17; La ciudad de Dios 11, 25). Aquí vamos a decir dos palabras en torno a la indiferencia, que está profundamente enlazado con la doctrina del *uti*, y que ha sido sumamente importante en toda la ascética posterior. Agustín parece insinuar que la actitud que el cristiano debe tener frente a los bienes de la tierra es la indiferencia, pero ésta no se trata despreciar ni rechazar los bienes, ni siquiera de separarse del mundo y pensar que la vida retirada es más fácil para el servicio de Dios, de lo que se trata es de que en todo momento sepamos conservar la consciencia de Dios y bendecirle: "Comienza el hombre fiel a usar con indiferencia de este mundo, y no se engría cuando le sobrevienen cosas prósperas ni se abate cuando se le presentan las adversas, sino que bendice a Dios en todo tiempo" (Comentario al Salmo 138, 16). El cristiano no renuncia al progreso, ni renuncia a los valores de la tierra, renuncia a gozarse en ellos y a tenerlos como fin en sí mismos, pero esto es sustancialmente distinto.

Por otra parte, la indiferencia no significa no sentir, sino ver la mano de Dios en todo, y no hundirse. La indiferencia ante lo terreno, de la que estamos hablando, brota de la esperanza de lo celestial, de la vida auténtica, por eso es importante cultivar el deseo de la patria y tener nostalgia de la eternidad; sin una experiencia de Dios fuerte y radical, será difícil vivir la indiferencia agustiniana: "Desde el vientre de mi madre me amparó el Señor; a partir de El consideré indiferentes las tinieblas y la luz de esta noche. El que se halla en el seno de aquella madre Babilonia, se goza en las cosas prósperas del mundo y se quiebra en las adversas. Únicamente sabe regocijarse cuando le acontece algo próspero en el tiempo y sólo sabe entristecerse cuando le sobreviene algo adverso temporalmente. Sal ya del seno de Babilonia; comienza a cantar el himno al Señor; sal, nace ya; Dios te amparará desde la salida del vientre de tu madre... Por tanto, ni la felicidad del mundo nos hace dichosos, ni la adversidad desgraciados. Es necesario poseer la justicia, amar la fe, esperar en Dios, amar a Dios, y también al prójimo. Después de estos trabajos poseeremos la luz indeficiente, el día sin ocaso. Todo lo que hay en esta noche de brillante y tenebroso pasa" (Comentario al Salmo 138, 18).

Lo que parece que Agustín nos quiere decir en medio de estas reflexiones es que para el que ama a Dios, para aquel que ha saboreado un poco la presencia de Dios en su vida y espera la patria, porque está nostálgico de vivir en el destierro, todo tiene un signo distinto y encuentra vacío tras el placer y la alegría, como encuentra plenitud tras el dolor y la desgracia y es que, Dios lo es todo para él. La auténtica felicidad no se encuentra en la tierra; será necesario mantener la justicia, la rectitud del corazón, es decir, la aceptación de la voluntad de Dios, querer como él quiere, amar la fe, esperar y amar a Dios, y así permaneceremos hasta la eternidad, todo lo demás se desvanece y se termina.

Solamente con la mirada puesta en la patria es posible realizar felizmente la travesía por este mundo. Por tanto, sintiéndonos peregrinos en el mundo, sintiendo sobre nosotros el destierro y el exilio, forzosamente ha de brotar en el interior el deseo de la patria y el amor hacia ella; es en la misma conciencia de desterrado en la que va incluido el deseo de la patria. La nostalgia de la patria, la esperanza alentadora en el vivir cotidiano son temas de reflexión constante en Agustín: "La vida de la vida mortal es la esperanza de la vida inmortal" (Comentario al Salmo 103, s.4, 17). Sin esperanza no hay ni sacrificio ni amor, como sin amor no puede concebirse ninguna esperanza. Agustín estudia la esperanza desde la nostalgia, el deseo y el amor a la patria: "Que cada uno de vosotros, hermanos míos, mire a su interior, se juzgue y examine sus obras, sus buenas obras; vea las que hace por amor, no esperando retribución alguna temporal, sino la promesa y el rostro de Dios. Nada de lo que Dios te prometió vale algo separado de él mismo. Con nada me saciará mi Dios, a no ser con la promesa de sí mismo. ¿Qué es la tierra entera? ¿Qué la inmensidad del mar? ¿Qué todo el cielo? ¿Qué son todos los astros, el sol, la luna? ¿Qué el ejército de los ángeles? Tengo sed del creador de todas estas cosas; de él tengo hambre y sed y a él digo: En ti está la fuente de la vida, y, a su vez, me dice: Yo soy el pan que ha bajado del cielo. Que mi peregrinación esté marcada por el hambre y sed de ti, para que se sacie con tu presencia. El mundo se sonríe ante muchas cosas, hermosas, resistentes y variadas, pero más hermoso es quien las hizo, más resistente, más resplandeciente, más suave... También la esperanza es necesaria durante la peregrinación; es ella la que nos consuela en el camino. El viandante que se fatiga en el camino, soporta la fatiga porque espera llegar a la meta. Quítale la esperanza de llegar, y al instante se quebrantarán sus fuerzas. Por ello, también la esperanza en el tiempo presente forma parte de la justicia de nuestra peregrinación" (Sermón 158, 7-8).

La angustia del cristiano nace de ser peregrino y no saber muy bien a qué atenerse: "¿Por qué se angustia el corazón cristiano? Porque aun no vive con Cristo. ¿Por qué se angustia el corazón cristiano? Porque peregrina y anhela la patria. Si por esto se angustia tu corazón, aun cuando seas feliz en cuanto al siglo, gimes. Y si afluyen a ti todas las cosas prósperas y por todas partes te sonríe el mundo, con todo gimes, porque te ves colocado en la peregrinación; y si percibes que tienes la que es felicidad a los ojos de los necios, mas no la que lo es según la promesa de Cristo, buscándola, gimes; y buscándola la deseas, y deseándola subes, y ascendiendo cantas el cántico" (Comentario al Salmo 122, 2).

Por el deseo de la patria, por la esperanza de conseguirla, Dios comienza a habitar dentro del hombre, y será el mismo Dios el que alimenta esos deseos: "Si creemos que hemos de ascender espiritualmente a él, debemos entender que el cielo es espiritual; si la subida se lleva a cabo con el afecto, el cielo es de justicia. Luego ¿Cuál es el cielo de Dios? Todas las almas santas, todas las almas justas... El que habita en el cielo, habita en el santuario. ¿Y qué es el santuario? Su templo: El templo de Dios, el cual sois vosotros, es santo. Mas todos los que ahora son débiles y que caminan con arreglo a la fe, según la fe son templo de Dios; pero en otro tiempo serán templo de Dios por visión... La Jerusalén celeste, hacia la cual peregrinando gemimos y deseándola oramos; en ésta habita Dios. A ésta elevó éste la fe, a ésta subió deseándola con afecto; y este mismo deseo hace destilar al alma las inmundicias de los pecados y purificarla de toda mancha para hacerse también ella misma cielo, porque elevó los ojos a Aquel que habita en el cielo... Dios habita en los santos de tal manera, que, si El se apartase, caen los santos. Luego cualquiera que lleva a Dios siendo templo de Dios, no piense que de tal modo lleva a Dios, que le atemorice si él se retira. ¡Ay de aquel de quien se hubiere apartado Dios! Caerá; Dios permanecerá siempre en sí. Las casas en donde habitamos nos contienen; las casas en las que Dios habita son contenidas por El. Ved ya la diferencia que existe entre nuestra morada y la de Dios, y, por tanto, diga el alma: elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo, y entienda que Dios no necesita de cielo en el que habite, sino que el cielo necesita de El; necesita que sea habitado por Dios" (Comentario al Salmo 122, 4).

El hombre debe seguir usando de las cosas, pero ha de hacerlo adecuadamente, como quien está de viaje: "Sean objeto de uso, según necesidad, mas no de amor; sean como posada del peregrino, no como propiedad del poseedor. Repara tus fuerzas y sigue adelante. Estás de viaje, mira hasta quién te llegaste, puesto que es grande quien vino hasta ti. Alejándote de este camino, dejas lugar para el que llega; tal es la condición de las posadas: te vas para que otro ocupe tu lugar. Pero si quieres llegar a un lugar seguro en extremo, que no se aparte de ti Dios"... Para ello es necesario el alimento y el vestido. Bástenos lo suficiente para el viaje. ¿Por qué te cargas tanto? ¿Por qué llevas tanto peso para este breve camino, peso que no te ayuda a llegar a la meta, sino que más bien te hace sentirte más agobiado una vez concluido el camino? Miserable es hasta más no poder lo que quieres que te acontezca: te cargas, llevas mucho peso, te oprime el dinero en este camino y después de él la avaricia. La avaricia, en efecto, es la inmundicia del corazón. Nada sacas de este mundo que amaste, a no ser el vicio que también amaste. Si eres perseverante en el amar al mundo, quien hizo el mundo no te encontrará limpio. Sirva, pues, el dinero usado con moderación para la utilidad temporal; sirva de viático para la meta establecida" (Sermón 177, 2-3).

Agustín nos habla de la espiritualidad del deseo, que es un dato espiritual que traduce lo que es la ascética, él cree en la potencia del deseo, aunque las obras no consigan la realización:

"Dios no lleva cuenta del caudal, sino que premia la buena voluntad. El sabe bien que quisiste y no pudiste; consigna como cosa hecha aquello que deseabas hacer. Luego es de todo punto necesario que te conviertas, no sea que retardando la conversión mueras de repente y no se encuentre nada digno en el tiempo presente ni nada digno de poseer en el futuro" (Sermón 18, 5).

Agustín define este deseo como la sed del alma: "Hay algunos que tienen sed, pero no de Dios. Todo el que pretende conseguir algo para sí, se halla en el ardor del deseo. Este deseo es la sed del alma. Ved cuántos deseos se encierran en el corazón del hombre... Ved cómo se hallan estos deseos en el corazón del hombre. Todos los hombres arden en deseos y apenas se encuentra quien diga: de ti tuvo sed mi alma. Sienten los hombres sed del mundo, y no comprenden que están en el desierto de Idumea, en donde debe el alma sentir sed de Dios" (Comentario al Salmo 62, 5).

La inquietud agustiniana está, por tanto, concentrada en el deseo que es sed del alma, cuando es de Dios y de la patria celeste. Es el Espíritu Santo quien siembra en nuestro corazón el aliento del deseo y del amor: "Oigamos ya cómo se canta a esta ciudad; y encaminémonos a ella. Sobremanera nos lo recomienda el Espíritu de Dios infundiendo en nosotros el amor a ella para que suspiremos por ella, y gimamos en la peregrinación, y deseemos llegar a ella. Amémosla, pues el mismo amar es caminar" (Comentario al Salmo 147, 6).

El amor es estar en camino, es no pararse, el amor es el peso que hace que estemos inquietos hasta lograr nuestro lugar. Vivimos de deseo, de amor, de esperanza, estamos anclados en el centro de nuestro espíritu, en la intimidad de nuestro ser, donde habita Dios; en esta carrera que nos acerca a Dios, no se corre con los pies, sino con los deseos y el amor, son los afectos los que nos hacen caminar; vivimos de esperanza y deseamos la realidad de la esperanza: "Te diriges a Dios, y lloras, y suspiras por El antes de verle, y gimes por el anhelo de poseerle; y, porque lloras por el deseo de El, te son dulces las lágrimas y te sirven de alimento, porque se te convirtieron en pan día y noche al decirte todos los días: ¿dónde está tu Dios? Pero vendrá tu Dios, del que se dice en dónde está, y te enjugará las lágrimas, y El sustituirá al pan de lágrimas, y te alimentará eternamente, porque estará con nosotros la Palabra de Dios, con la cual se alimentan los ángeles. Mientras tanto, ahora comeremos los trabajos de los frutos, después el fruto del trabajo... Pero hay diferencia entre la esperanza y la realidad. Si la esperanza es tan dulce, ¡cuánto más dulce no lo será la realidad!" (Comentario al Salmo 127, 10).

Lo mismo que en la vida todos exigimos la fidelidad para poder vivir, teniendo la esperanza de conseguir lo que pretendemos, así en lo espiritual es necesaria la fe, ya que el único bien del hombre es adherirse a Dios, y la esperanza se realiza en esta espera de la unión y adhesión a El: "Debemos efectivamente seguir atravesando todo lo que nos impide, todo lo que nos embaraza, todo lo que nos encadena con algún lazo hasta que lleguemos a lo que nos basta, y a donde más allá de lo cual no hay nada, y debajo de ello están todas las cosas y por ello son todas las cosas... Luego todo el que quiera percibir, imitar y retener el espíritu de este salmo, atraviase todas las cosas carnales, pisotee los atractivos y la honra de este mundo y no se busque ninguna otra cosa donde descansar fuera de aquel por quien son todas las cosas y en las cuales también obra hasta llegar al fin" (Comentario al Salmo 76, 1). Todo lo que suceda que no nos conduzca a esta unión, no cumple con su destino.

La esperanza en Agustín brota de ese deseo de adherirse a Dios: "Luego, colocado en esta peregrinación, aun no viendo a Dios, si recibieres al ayudador Dios de Jacob, serás Israel, y verás a Dios; y desaparecerá todo trabajo y todo gemido, pasarán los afanes amargos y sucederán las alabanzas dichosas... Por tanto, es bienaventurado, porque su esperanza reside en el Señor, su Dios; y aquel que es su esperanza será su realidad. Hermanos, ¿acaso erré porque dije que Dios ha de ser nuestra realidad? ¿Qué sucedería si dijese que ha de ser nuestra heredad? Tú eres mi esperanza y mi posesión en la tierra de los vivos. Tú serás mi porción. Tú serás posesión y poseerás: serás posesión de Dios, y Dios será tu posesión; tú serás posesión para ser cuidado por El, y El será tu posesión para que le cuides, pues tú cultivas a Dios, y Dios te cultiva a ti... Dios te cultiva para que des fruto, y tú cultivas a Dios para dar fruto. Te es un bien que te cultive Dios y que cultives tú a Dios. Si el agricultor Dios se aparta del hombre, el hombre queda hecho un desierto; si el agricultor hombre se aparta de Dios, queda convertido también en un erial. Dios no crece acercándose a ti ni disminuye apartándose de ti. Luego El será nuestra posesión para alimentarnos, y nosotros seremos su posesión para que nos gobierne" (Comentario al Salmo 145, 11).

La vida eterna, la felicidad celestial, es la patria del cristiano; y para Agustín la vida eterna es: "Una vida bajo la mano de Dios, una vida con Dios, una vida de Dios, una vida que es el mismo Dios" (Sermón 297, 8). En la tierra esta felicidad siempre será relativa y se encontrará en la adhesión a Dios. Agustín nunca prohibirá usar de las cosas temporales, porque es una necesidad, pero nos recomienda estar atentos para no caer en el abuso, y nos recuerda que somos cristianos no por los bienes temporales, sino por la esperanza de los eternos: "¿Por qué eres cristiano? ¿Por la herencia eterna o por la felicidad terrena? Pregunta a tu fe, coloca en el potro de tu conciencia a tu alma; atormentándote a ti mismo con el temor del juicio, responde a quien crees por qué crees.... ¿Quieres seguirle? Imita la pasión, espera la promesa. ¿Qué te ha de quitar ensañándose el enemigo cuando hubieres comenzado a odiar el mal porque amas al Señor? ¿Qué te ha de quitar? El patrimonio. Pero ¿acaso el cielo? En fin, quite todo lo que Dios te dio; con todo, no lo quitará si Dios no quiere; pero, si Dios quiere, quita únicamente lo que Dios te dio para que no te quite el mismo Dios. Pues nadie te quitará a Dios: tú solo te lo quitas si huyes de El" (Comentario al Salmo 96, 16).

Dios lo es todo, por tanto, teniendo a Dios, tenemos todo y nada nos faltará. Es cierto que el hombre es frágil, pero contamos con la promesa divina, con la esperanza de conseguir la heredad. Nuestra vida, repito, consiste en adherirnos a Dios, estar unidos a El; ahora estamos unidos, pero no plenamente y hemos de vivir desde la esperanza, una esperanza que está siempre montada sobre Cristo, que es la salud, ya que en El hallamos nuestra perfección y nuestra salud eterna para siempre; por El y con El nos unimos al Padre para cantar eternamente el canto del amor y de la alabanza: "Sólo existe la salud en un solo hijo del hombre; y en él no porque es hijo del hombre, sino porque es Hijo de Dios; no por lo que recibió de ti, sino por lo que reservó en sí. Luego en ningún hombre existe la salud; porque en Aquel que existe, existe porque es también Dios" (Comentario al Salmo 145, 9).

El que ha emprendido la ruta de la perfección según Agustín, va saltando, trascendiéndolo todo, con vistas a llegar a la meta, que es lo que le interesa, aunque tiene que seguir utilizando las cosas de aquí; lo característico de una persona así es que se refugia en la intimidad, vive la interioridad y busca el gran silencio y sigue la ruta de la perfección: "Ya éste, como quien había sido azotado fuera, se mete dentro y obra en el arcano de su mente. Nos diga lo que allí hace: Pensé en los días antiguos. Allí le va bien. Os ruego que observéis lo que

piensa. Se halla en su interior, dentro de sí piensa en los días antiguos...Le va bien estar consigo; Dios le ayude; piense en los días antiguos, y nos diga desde el secreto de su recámara qué hizo, adónde llegó, qué atravesó, dónde se quedó; pensé en los días antiguos y me acordé de los años eternos. ¿Cuáles son los años eternos? ¡Sublime pensamiento! Ved si no requiere este pensamiento un gran silencio. El que quiera pensar en estos años eternos, se aíse interiormente de todo estrépito externo, de toda algarabía de cosas humanas" (Comentario al Salmo 76, 8). El que está en el camino de la perfección es consciente que Dios es el gran protagonista de su vida: "¿Qué hemos dado a Dios, si todo lo que somos y tenemos de bueno lo recibimos de él? Nada, por lo tanto, le hemos dado... El único título que tenemos para exigir algo a nuestro Señor es decirle: Cumple lo que prometiste, puesto que hicimos lo que mandaste, aunque también esto es obra tuya, pues ayudaste a quien se esforzaba". (Sermón 158, 2).

Evidentemente el hombre necesita vida de silencio, pero no se trata de quedarse en sí mismo, sino de trascenderse, de ir más allá de sí mismo para vivir siempre anclado en Dios y de Dios. Debemos aprender a gustar la Palabra, a preparar el paladar del corazón: "El deleite de la divina palabra y la dulzura que se percibe al entender la palabra de Dios nos impele, ayudando Aquel que da la suavidad para que produzca su fruto nuestra tierra, a mí a hablar, y a vosotros, a oír. Veo que oís sin hastío, y me alegro del paladar de vuestro corazón, que no desecha lo que es saludable, sino que lo toma con avidez y lo retiene con provecho" (Comentario al Salmo 61, 1).

Por otra parte, puesto que la verdad viene de Dios, será necesario saber escucharla y saber comunicarla: "¿Cómo pretendes recibir, siendo remiso en dar? Por no haber querido dar lo que recibiste, con razón te ves impedido para recibir lo que desees. ¿Quieres algo? Algo tienes; da lo que tienes para que merezcas recibir lo que te falta. Habiendo puesto a mi boca un candado y decretado silencio, porque me parecía ciertamente peligroso hablar, me aconteció, dice, lo que no deseaba: Ensordecí y fui humillado... Ciertamente que había como descansado en el silencio de cierto dolor que me habían inferido los censuradores y los calumniadores; pero tan pronto como callé los bienes, se recrudeció mi dolor. Y comencé a dolerme más por haber callado lo que debí decir que me hubiese dolido de haber dicho algo que no debí decir" (Comentario al Salmo 38, 4).

En el camino de la perfección hay diversos estadios, ya que esta carrera de la perfección ha de correrse con los afectos: "Suficientemente declaró aquí que se halla en camino, es decir, en avance hacia la perfección, mas no aun en la misma perfección, puesto que pide vivamente ser conducido... Endereza en tu presencia mi camino. No hay cosa más evidente que encomendarle en el tiempo en que aprovecha, porque éste es el camino que nos e recorre con pasos terrenos, sino con afectos del ánimo" (Comentario al Salmo 5, 10-11).

Toda la vida ha de ser un cantar la alabanza a Dios; Dios en todas las cosas y en todos los acontecimientos: "Para que no tuviéramos dificultad en entender fueron proclamadas solamente dos cosas: Dios y el prójimo; el que te hizo y con quien te hizo. Nadie te ha dicho: "Ama el sol, ama la luna, ama la tierra y todo lo que se ha hecho". En todas estas cosas Dios ha de ser alabado, el Creador ha de ser bendecido. ¡Cuán grandiosas son tus obras, todas las cosas las hiciste sabiamente! Son tuyas; tú las has hecho. ¡Gracias te sean dadas! Pero sobre todas las cosas nos hiciste a nosotros. ¡Gracias también! Somos tu imagen y tu semejanza. ¡Gracias! Hemos pecado y fuimos buscados por ti. ¡Gracias! Te hemos abandonado, pero tú no nos abandonaste. Para que no nos olvidásemos de tu divinidad y te perdiésemos, tú tomaste nuestra humanidad. ¡Gracias te sean dadas! ¿Cuándo no hemos de darte gracias?" (Sermón 16 A, 6).

Hemos de sentirnos ciudadanos del cielo, gozándonos de la paz en la esperanza. Pero sólo si hacemos bien todas las cosas podemos decir que estamos alabando a Dios. Evidentemente debemos pedir a Dios su ayuda para poder llevar a fin este propósito: "Mientras estamos aquí, pidamos a Dios que no aparte de nosotros nuestra oración y su misericordia, es decir, que oremos con perseverancia y que se compadezca continuamente de nosotros. Muchos languidecen en la oración. En el comienzo de su conversión oran con fervor, pero después la hacen lánguida, fría, negligentemente; lo hacen como si estuviesen seguros. El enemigo vigila, tú duermes" (Comentario al Salmo 65, 24). En lo concreto puede ocurrirnos que nos enfriamos y no somos conscientes que estamos en la presencia de Dios: "Hermanos míos, con frecuencia, al orar estamos pensando en otras cosas, como olvidándonos de la persona en cuya presencia nos hallamos o ante quien estamos postrados. Si todas estas faltas se acumulan contra nosotros, ¿acaso no nos oprimen por el hecho de ser pequeñas? ¿Qué importa que te aplaste el plomo o la arena? El plomo es una masa compacta; la arena se forma de granos pequeños, pero su muchedumbre te aplasta igualmente. También estos pecados son de poca importancia, pero ¿no ves que los ríos se llenan de menudas gotas de agua y arrasan los campos? Son pequeños, pero son muchos." (Sermón 56, 12).

Pero la oración es el diálogo con Dios, nuestro coloquio con el Señor: "Tu oración es una locución con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios" (Comentario al Salmo 85, 7). Esta oración ha de ser hecha en intimidad con Cristo, en un sentido profundo de adhesión, de unión íntima con el Señor, sintiendo el corazón lo que pronunciamos con la boca. Será necesario saber alabar en el amor y amar en la alabanza: "¿Cuál será nuestra ocupación o negocio? Alabar a Dios, amar y alabar: alabar en el amor y amar en las alabanzas" (Comentario al Salmo 147, 3). Para esto es necesario limpiar bien la casa interior. Hay otra oración interior que es el deseo. Hagas lo que hagas, si deseas la patria, si vivís pendiente de la eternidad, estas orando. Tu continuo deseo es tu voz continua. Callarás si dejas de amar. Por tanto, deseo y amor, alabanza y canto, es toda nuestra vida reducida a la oración: "El frío de la caridad es el silencio del corazón, y el fuego del amor, el clamor del corazón. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas; si clamas siempre, siempre deseas; si deseas, te acuerdas del descanso. Pero es conveniente que sepas delante de quien debe estar el rugido del corazón. Considera ya qué deseo debes tener delante de la presencia de Dios" (Comentario al Salmo 37, 14).

Agustín aspira a la totalidad, no quiere medias tintas, no quiere que se vocee mucho y se calle con la vida, con las costumbres. Prefiere que se alabe a Dios con la vida santa y buena, en la entrega, en la generosidad, amor, esperanza. Nos enseña que el secreto de la vida espiritual no está en las apariencias, sino en la intimidad con Dios, en una máxima atención al Dios de la intimidad, a la realización de su voluntad con perfección. Y siendo la oración una alabanza, un amor, un deseo, un clamor del corazón, nos dice que lo que hagamos, lo hagamos bien y estaremos alabando a Dios: "El trabajo, pues, tiene que hacerse dentro de sí mismo. Y si tal vez tratas de hallar un lugar alto, un lugar santo, hazte tú mismo templo de Dios; porque santo es el templo de Dios, que sois vosotros. ¿Quieres orar en el templo? Ora dentro de ti mismo. Pero primero sé templo de Dios, ya que El oye al que ora en su templo" (Comentario al Evangelio de Juan 15, 25).

TEXTOS SOBRE LA LLAMADA A LA PERFECCION.

"Que debemos seguir la paz y la santificación, sin la cual nadie podrá ver a Dios" (Carta 147, 46).

"La santificación, por la que individualmente somos constituidos templos de Dios, y todos juntos formamos un templo de Dios, no se realiza sino en los que han renacido, y éstos tienen que haber nacido. Y nadie acabará bien la vida en que nació si no renace antes de acabarla" (Carta 187, 32).

"En presencia del Señor dijiste: soy justo. Dos cosas son reprobables en el hombre: una, afirmar tanto orgullosa como falsamente que uno es justo, incluso según los criterios humanos de justicia; otra: nunca puede decirse con verdad, por parte de un hombre, que es justo en presencia de Dios, en cuya comparación cualquiera es un malvado" (Anotaciones a Job, 35).

"Para que mi santidad sea lo suficientemente grande como para acercarme a quienes son asiento de Dios. Entonces podré decir y escuchar verdades. Razón por la que a los santos se les llama cielos" (Anotaciones a Job, 23).

"La santidad o santificación pertenecen propiamente al Espíritu Santo; y así, siendo Espíritu el Padre y Espíritu el Hijo, porque Dios es Espíritu; y siendo Santo el Padre y Santo el Hijo, el nombre propio del Espíritu de ambos es Espíritu Santo" (Comentario al Evangelio de Juan 122, 8).

"¿Acaso porque, santificados ya en la verdad, crecen en santidad, haciéndose más santos; mas esto no sin la gracia de Dios, sino santificando el progreso Aquel que santificó el comienzo?" (Comentario al Evangelio de Juan 108, 2).

"¿Qué significa: 'Por ellos me santifico yo a mí mismo', sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo? Porque estos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es cabeza y cuerpo, conforme enseña el Apóstol... Y en atención a sus miembros dice: 'Y por ellos yo me santifico', es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo, como a mí me fue de provecho en mí, porque soy hombre sin ellos: 'También yo me santifico a mí mismo', esto es, los santifico a ellos en mí como a mí mismo, porque ellos en mí son también yo" (Comentario al Evangelio de Juan 108, 5).

"Finalmente, si alguien se finge justo no siéndolo, sino que cuanto laudable hace a la vista de los hombres, lo hace no por Dios, o sea, por la verdadera justicia, sino que busca y quiere la sola gloria de los hombres; si aquellos entre los cuales goza de esa fama con lo creen que sólo por Dios lleva esa vida laudable, no se engañan en las cosas, sino en la persona... Cuando alguno es justo en Dios y por Dios, es decir, verdaderamente justo, y esa justicia es la causa de su constante fama con lo, entonces la gloria es verdadera; pero no se ha de creer que esa gloria hace feliz al justo, sino que más bien se ha de felicitar a quienes le alaban por su acertado juicio y por su amor al justo" (Comentario al Evangelio de Juan 100, 2).

"Por esto aún no es perfecto, porque sigue hacia la corona de la suprema vocación de Dios, la que todavía no alcanzó, ni ha llegado todavía a ella. Si no es perfecto porque no llegó allí, ¿quién de nosotros será perfecto?" (Comentario al Salmo 38, 14).

"Para los santos que habitan tu tierra, es decir, para los santos que colocaron su esperanza en la tierra de los vivientes, para los ciudadanos de la Jerusalén celestial, cuya vida espiritual se afianza mediante el áncora de la esperanza en aquella patria, la cual con razón se denomina tierra de Dios, aun cuando en esta tierra todavía se hallen en carne. Ensalzó todos mis quereres en ellos. Luego en estos santos hizo admirables todos mis quereres en su beneficio, por el cual conocieron cuánto les aprovechó el morir la humanidad de mi divinidad y el resucitar la divinidad de la humanidad" (Comentario al Salmo 15, 3).

"¿O le haremos más santo cuando le decimos: Te bendigo, ¡oh Dios mío!? Cuando El nos bendice nos hace más santos, más bienaventurados; cuando nos glorifica nos hace más gloriosos, más dignos de honra. Cuando le glorificamos, a nosotros nos aprovecha, no a El. ¿Cómo le glorificamos? Llamándole glorioso, no haciéndole. Por tanto, ¿qué intentó al decir: El sacrificio de alabanza me glorificará? Que no pienses que das algo a Dios ofreciéndole el sacrificio de alabanza, pues en ésta, dice en otro salmo, está el camino donde le mostraré mi salud. Ves que a ti te aprovecha, y no a Dios, alabar a Dios. ¿Alabas a Dios? Andas por el camino. ¿Vituperas a Dios? Perdiste el camino" (Comentario al Salmo 39, 4).

"Esta bendición consiste en gloriarse en Dios y en habitar en El, o en ser poseído por El. Esta santificación se concede a los justos; mas para que se santifiquen precede la vocación, la cual no dimana de los méritos, sino de la gracia de Dios, puesto que todos pecaron y se hallan privados de la gloria de Dios" (Comentario al Salmo 5, 17).

"No dice adoraré en tu santo templo, sino adoraré junto a tu santo templo. Ha de entenderse que se dijo no de la perfección, sino del progreso en la perfección, de suerte que la perfección esté representada en lo siguiente: 'Entraré en tu casa'. Para que esto acontezca, primeramente adoraré, dice, junto a tu santo templo, y quizá añadió en tu temor porque el temor es una gran ayuda para los que se encaminan a la salud" (Comentario al Salmo 5, 9).

"Que su nombre sea santificado en nosotros, pues en sí es siempre santo. ¿Cómo es santificado su nombre en nosotros sino haciéndonos él santos. Pues nosotros no éramos santos, y por su nombre hemos sido hechos tales; él, en cambio, es siempre santo y su nombre lo es igualmente" (Sermón 57, 4).

"La santificación del nombre de Dios consiste en que nosotros nos hagamos santos, pues su nombre es santo desde siempre" (Sermón 58, 3).

"No te juzgues como santo por el hecho de que nadie te tienta. Lo serás cuando no te conturbas ante una injuria, cuando te compadeces del que te ultraja, cuando no te preocupas de lo que padeces, sino que te apiadas de aquel por quien padeces. Ahí está la misericordia plena. Te compadeces porque es tu hermano, porque es también miembro tuyo. Se ensaña contra ti, está enfermo, es frenético. Apiádate de él, no te alegres; alégrate únicamente de la tranquilidad de tu conciencia. Es solamente un hombre; y ten cuidado no te veas tú igualmente tentado" (Sermón 16 A, 7).

"¿En qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo. Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz en él y amor entre nosotros, para que, cuando venga el mismo Cristo, nuestro Señor, podamos...: 'Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste'" (Sermón 154A, 6).

"Pensaban que les bastaba con creer y no querían vivir santamente, cosa que no es posible si no hay caridad -pues la vida santa pertenece a la caridad y nadie que tenga caridad puede vivir perversamente, puesto que el vivir santamente no es otra cosa que sentirse llenos de la caridad-" (Sermón 162A, 4).

"Proponeos también vosotros formar parte de ese número no sólo escuchándome y alabándome, sino también comprendiendo lo que digo y viviendo santamente" (Sermón 248, 3).

"Un sermón en el que se manda y recomienda la vida santa para alcanzar y recibir la vida eterna, va dirigido, ciertamente, a todos; sin embargo, me dirijo, sobre todo, a vosotros, nuevos retoños de santidad, regenerados con el agua y el Espíritu, plantados y regados, mediante nuestro ministerio, en el campo de Dios, el que da el crecimiento" (Sermón 260B, 1).

"Quede esto grabado en vuestros corazones: mejor es un hombre menos dotado intelectualmente que vive bien que otro mejor dotado pero que vive mal. La plenitud y felicidad perfecta consiste en una inteligencia ágil y en una vida santa; en caso de no poder contar con ambas cosas, es preferible la vida santa a la ágil inteligencia. Pues quien vive santamente merecerá conocer más, y a quien vive mal, incluso la inteligencia le lleva a la perdición" (Sermón 252, 12).

"Estos son los santos: los que cumplen la ley de Dios con el auxilio de Dios. La ley puede mandar, pero no ayudar. Se asocia como auxiliador el Espíritu, y se cumple lo mandado por Dios con gozo y satisfacción. Muchos son, en efecto, los que lo cumplen por temor. Mas quienes cumplen la ley por temor al castigo preferirían que no existiese lo que temen. Quienes, en cambio, cumplen la ley por amor a la justicia, gozan también con ella, puesto que no la consideran como enemiga" (Sermón 251, 6).

"De esta forma, ¿en qué otra cosa consiste el vivir rectamente en esta vida sino en escuchar y cumplir los preceptos de la ley? ¿Entonces están ya sanos todos los que cumplen sus preceptos? Aún no, pero los cumplen para estarlo. No desfallecen en su cumplimiento, porque lo que se perdió de golpe sólo se recupera poco a poco" (Sermón 278, 3).

"Esos son los perfectos: los que han luchado contra el pecado hasta derramar la sangre. ¿Qué significa contra el pecado? Contra el gran pecado, contra la negación de Cristo" (Sermón 318, 2).

"Quienquiera que seas tú que esto piensas, mira con tu mente al Señor, que se hizo hombre para enseñar a vivir al hombre... Si, pues, no sabes qué significa vivir santamente, aprende los mandamientos divinos. Quizá son muchos los que viven así, pero a ti te parece que nadie vive de esta manera, porque ignoras en qué consiste el vivir rectamente. Pero, si lo sabes, ponlo en práctica, para tener lo que tú buscas y mostrar a los demás qué imitar" (Sermón 351, 11).

LLAMADA UNIVERSAL A LA PERFECCIÓN.

Pertenecemos a Cristo-----> Sermón 130, 4.

La gracia es la coronación de la propia obra-----> Sermón 245, 3.

1) Ser cristiano no es fácil---> In Ps. 91, 4.

soportar oprobios-----> In Ps. 122, 8.

ataques del materialismo reinante-----> In Ps. 124, 1.

incoherencia de los cristianos-----> In Jn. Epístola 4, 4.

2) Agustín exige la fe, esperanza y amor-----> Sermón 154A, 6.

Asentarse en la fe-----> In Ps. 32, 2, s.1, 9.

3) La voluntad de Dios-----> In Ps. 63, 18.

ser rectos de corazón---> In ps. 93, 18.

buscar sólo a Dios-----> Sermón 137, 9-10.

buenos o malos por cumplir o no la voluntad de Dios--> Sermón 125, 11.

ser agradecidos: darle gloria a Dios-----> In Jn. 13, 18.

4) Tener nostalgia del cielo-----> In Jn. 40, 10.

ser hormigas de Dios-----> In Ps. 66, 3; Sermón 36, 4.

el hombre es un peregrino-----> In Ps. 85, 11; 122, 7.

estamos en el destierro-----> In Ps. 21, 2, 5.

estar alerta---> In Ps. 34, s.1, 3.

Cristo nos dio ejemplo-----> In Ps. 36, s.2, 16.

usar todo como el viajero-----> Sermón 177, 2-3.

5) La espiritualidad del deseo-----> Sermón 18, 5.

es la sed del alma-----> In Ps. 62, 5.

estar en camino es amar-----> In Ps. 127, 10.

implica vivir dentro---> In Ps. 76, 8; Sermón 158, 2.

saber escuchar la verdad dentro---> In Ps. 38, 4.

en la vida cantar la alabanza de Dios-----> Sermón 16 A, 6.

entrenarnos en la alabanza-----> In Ps. 147, 3